

No recuerdo a mi madre.

Mi madre —conocida como «La Hermosa Sarah»— murió cuando yo tenía menos de un año de edad, durante la gran epidemia de influenza. Entonces, yo también enfermé. Y contra todo pronóstico y habiendo sido desahuciado por los doctores, sobreviví sin que nadie se atreviera a atribuírselo a un milagro: habían sido tantas las víctimas que mi modesta resistencia era más una irrepetible anomalía estadística que una singular señal divina.

Mi nombre era Isaac, que en hebreo antiguo significa *risa*; pero no puede decirse que yo fuera un niño que se riera mucho porque no había demasiados motivos para reír en mi niñez.

Y tampoco recuerdo cómo era mi padre antes de la muerte de mi madre. Pero sí recuerdo cómo fue después de que ella falleciera. Y cómo mi madre parecía haber suplantado el lugar de su sombra y, cosida a sus talones, acompañar a mi padre, al rabino Solomon Goldman, a todas partes, a todas horas.

Recuerdo a mi padre llorando, leyendo de derecha a izquierda, buscando explicaciones en la voz de papel y tinta de profetas antiguos. Palabras que llenasen su garganta que sólo albergaba crujidos dolorosos, gritos en voz baja: el sonido de una catástrofe producida por el eco de una catástrofe.

Óiganlo ahora como lo sigo oyendo yo.

Mi padre persiguiendo una razón para el fin de su mundo en los modales del principio del mundo.

Mi padre que de pronto empieza a detestar el falso consuelo de otras religiones (la multitud de dioses en Oriente y de santos en Occidente y esa idea del Paraíso, tan *sci-fi*, ese otro «planeta» utópico luego de este planeta, pienso ahora) y se en-

furece frente a las iglesias cada vez más llenas de la Gran Depresión. Antros regentados por falsas sacerdotisas orgásmicas jurando haber sido «amadas por el Señor» con una regularidad más que irritante, como si Dios fuese una especie de playboy superdotado y todopoderoso. Y así, de pronto, todos asegurando haber visto algo o a alguien y mi padre que no deja de condenar esa socialización de los milagros. Las visiones como plaga, cuando se supone que los milagros no deben ser masivos y populares sino individuales y ocasionales y capaces de elegir con cuidado el sitio y los ojos y los cuerpos en los que se posan.

Mi padre comenzando a indignarse por ese estruendo de mentiras y por la incontestable verdad de la ausencia de Jehová. Es entonces cuando lee aquello que escribió el cabalista español Abraham Abulafia sobre algo llamado *Tikkun Ra*, o «la reparación del mundo» y advertencia: no estoy del todo seguro del significado de ese término y de las demás cuestiones cabalísticas a las que aquí me refiero. Cito de memoria cosas que no recuerdo con exactitud pero que jamás podré olvidar.

Recuerdo perfectamente, sí, a mi padre leyendo esos símbolos. La rabiosa intensidad de mi padre frente a un libro. La energía que parecía entrarle por los ojos y estremecer su figura que un ilustrador *pulp* de entonces habría dibujado despidiendo chispas y centellas brotando del cerebro en llamas de un científico loco.

Recuerdo aquello que mi padre me contaba que le contaban los libros.

Recuerdo a mi padre explicándome que leyó que los místicos aseguraban que en el principio, la Luz Divina de Dios, contenedora de todas las cosas buenas, estaba preservada dentro de una o de varias vasijas sagradas. Pero, como en el mundo ya habían aparecido también los destellos y las grietas del mal, las vasijas no pudieron contener ese resplandor y se hicieron pedazos. Y la benéfica Luz Divina también se rompió en incontables fragmentos que cayeron como una lluvia de cristales

sobre el mundo. Y, al dispersarse, barridos por vientos y por la lenta pero implacable inercia de las órbitas del planeta, esos fragmentos divinos invirtieron su signo y se transformaron en todo lo terrible y monstruoso que ha acontecido desde entonces. Enfermedades y guerras y cataclismos. Los místicos, me dice mi padre, sostienen entonces que la tarea de los hombres consiste en reunir esos malignos fragmentos mediante buenas acciones. Reconvertirlos en materia benéfica e ir ensamblándolos como si se tratara de una estatua rota hasta recuperar el todo original. El bien perfecto. El resplandor indivisible del creador.

*Tikkun Ra*, pensó mi padre.

Y es entonces, creo, cuando mi padre decidió que yo sería uno de esos pequeños pedazos extraviados: algo malo tan sólo en apariencia (porque no podía evitar relacionar mi llegada con la partida de mi madre) pero en cuyo sino y origen vivía, apenas escondida para quien supiera verla, parte de la raíz primera y absoluta de la mejor y primera buena nueva.

Mi padre leyó también (y es recién entonces cuando sintió que había comprendido su verdadero significado e importancia) acerca del *Tzimtzum*. Esa constricción –se explica en la Kabbalah– experimentada voluntariamente por Dios. Dios contrayéndose y comprimiéndose y renunciando a su esencia infinita para así permitir la existencia de un sitio conceptual: el *chalal panui*, un espacio donde pueda existir un mundo independiente.

*Tzimtzum* significa, creo, «esconderse de los seres creados permitiéndoles existir como criaturas tangibles, en lugar de abrumarlos con su presencia constante y sin límites». Así, Dios se autolimita –impone fronteras a su divinidad– ausentándose, aunque no desapareciendo, para que pueda haber algo que esté más allá de él. Lo que Solomon Goldman no conseguía comprender del todo era si la disminución del tamaño de Dios implicaba también una reducción de sus poderes o si, por lo contrario, lo convertía en un concentrado mucho más potente. Si esta autolimitación de Dios lo debilitaba, entonces tal

vez le correspondiera al hombre ocupar ese *chahal panui* intentando parecerse a Dios. O, quizá, por lo contrario, cometer una y otra vez errores humanos para así subrayar la imperfección resultante del retiro parcial pero decisivo del amo y señor de todas las cosas y, de algún modo, provocar así su retorno para poner orden en el caos. Solomon Goldman no sabía qué pensar. Ambas posibilidades se le hacían lógicas. Ése es el problema de la Kabbalah: a diferencia de otros textos sagrados, allí no se ofrecen respuestas sino las piezas para ensamblar esa respuesta. Tampoco es un compendio de infalibles instrucciones. El verdadero manual acaba siendo el hombre, el lector, el interpretador y acomodador de piezas sueltas. El hombre se acerca a Dios leyendo. Y Dios —*este dios*— es un hombre con una profunda fe en los hombres. Por eso los ha dejado solos y apenas en contados momentos reaparece para, soberbio, castigar una torpeza que se le antoja incomprensible. Una ignorancia injustificable en criaturas tan magníficas como las suyas, en seres diseñados artificialmente a su imagen y semejanza. En ocasiones, el porqué de su presencia es fácil de comprender. Diluvios y mandamientos y afiladas sombras que siegan las vidas de los primogénitos y sacrificios que, a veces, en el último momento, son impedidos o neutralizados. Hechos y portentos tejidos con la textura transparente de leyendas o de fábulas.

Pero Solomon Goldman se siente protagonista de algo diferente, de algo que es mucho más complejo. Algo a lo que sólo acceden, o padecen, los iniciados. Porque Dios no detuvo el ritmo de la muerte de La Hermosa Sarah. Dios permitió que La Hermosa Sarah dejase de vivir y que él la sobreviviese.

¿Sería entonces su misión la de reunir los pedazos del recipiente roto, la de reunir las exhalaciones extraviadas de esa Luz Divina?, se preguntaba mi padre. Y una noche me hizo esa pregunta terrible luego de explicarme todo lo anterior y yo no entendí mucho. Ni siquiera comprendí que mi padre estaba en problemas, que estaba enfermo de otra enfermedad. Pero sí intuí que todo eso me parecería curiosamente similar a lo que leería más tarde en las revistas de ciencia-ficción.

Las religiones son, todas, formas primarias de la ciencia-ficción: destellos fulminantes, volar, arriba y abajo, visitantes de galaxias al otro lado del infinito, aparecer y desaparecer. No importa el planeta: la historia es siempre la misma y es una historia impulsada por los inestables combustibles del amor y de la muerte y de una fe inferior en algo superior: el hombre crea a Dios para que Dios cree al hombre. Y enseguida descubren que no pueden desactivarse entre ellos y que ambos se han convertido en una suerte de monstruo de Frankenstein para el otro. Así, el hombre cree en Dios para poder hacer lo que le plazca en su nombre y Dios cree en el hombre para poder echarle la culpa de todos sus errores.

En algún momento (descubro ahora que me refiero a él, indistintamente, como *mi padre* o como a *Solomon Goldman*, como si intentara dividirlo en dos sin necesidad de romperlo en pedazos más de sombras que de luz; como si en uno o en otro se encontrara, apenas escondida, la razón de su locura) mi padre Solomon Goldman comienza a hablarme de «seres aéreos», de «potencias estelares», de «portales» y de «dimensiones». Y de que tal vez yo —habiendo estado en los filos del final sin haberme hecho una herida muy profunda, habiendo casi regresado desde el otro lado— fuera la llave que abriría el recinto donde se encontraba prisionera mi madre, La Hermosa Sarah.

Y no es que yo le crea, pero una parte mía quiere creerle. Una parte mía necesita creerle, porque las visiones de mi padre resultan tanto más brillantes y animadas que el desteñido tono de la realidad. Y porque por primera vez, en su delirio, en las propiedades mágicas que mi padre me confiere, siento que mi padre me quiere como a un hijo, que está orgulloso de mí.

Así, una noche oigo claramente el zumbido de una máquina junto a mi ventana y creo verlos, recién aterrizados, trazando símbolos en el suelo del jardín con sus espadas de luz, con sonrisas furiosas. Ángeles inmemoriales sostenidos por el viento de otros «planos de existencia», sus alas despidiendo un brillo

inmaculado y ajeno. A la mañana siguiente despierto poseído por una felicidad aterrorizada. Pensando en que había conseguido creer en lo que creía mi padre, seguro de que a partir de entonces se iniciaría una nueva vida para mí.

Una vida de mentiras verdaderas.

Una existencia falsa donde me vería obligado a recordar cada cosa que dijera porque —de comunicarle a alguien lo que estaba casi seguro de haber visto la noche anterior— sería instantáneamente considerado un mentiroso. Y los mentirosos tienen la terrible obligación de recordar todo lo que han dicho. Todas y cada una de sus mentiras. Y así acaban alcanzando ese instante de cristal en que las mentiras son tantas que cubren por completo la superficie del planeta de sus vidas verdaderas. Las mentiras lo cubren todo como un virus mortal importado desde los confines del universo y para el que no existe ninguna cura o consuelo. Y cuando ya no queda nada por contagiar, cuando todo ha sido devorado, las mentiras comienzan a devorarse entre ellas.

Mis mentiras, comprendo, serán *tan* diferentes a las mentiras de los otros niños. Niños que mienten para esconder una mala acción.

Yo, en cambio, mentiré porque toda verdad me parecerá mucho peor que cualquier falsedad.

Toda verdad será, para mí, algo insoportable.

No estoy en casa cuando vienen a buscar a mi padre y lo encuentran y se lo llevan.

Me cuentan, cuando regreso del colegio, que Solomon Goldman se había subido a la azotea de la sinagoga, que estaba desnudo o vestido (no parecen ponerse de acuerdo en cuanto a esto último) con un extraño uniforme plateado o con su cuerpo cubierto por pintura dorada.

Y que mi padre aullaba cosas a las alturas, fórmulas alquímicas y recetas cabalísticas y maldiciones desesperadas.

Y que agitaba los brazos, levantados, repitiendo una y otra vez el gesto de quien descorre cortinas o abre telones.

Meses más tarde, una carta me informó de la muerte de mi padre al saltar desde una de las terrazas del Bellevue Hospital Center.

El veredicto final de los especialistas fue el de suicidio precipitado e imprevisible: mi padre, se explicaba allí, era un «paciente modelo», signifique esto lo que signifique.

Mucho tiempo después, en una firma de libros en Andromeda Books —una librería especializada de Bleecker Street donde se presentaba una de mis novelas— un desconocido se acercó a mí con las pupilas contraídas. Pupilas del tamaño de pastillas. Y me explicó que había estado internado junto a mi padre, pero que ahora estaba «completamente curado y, de seguro, más cuerdo que usted». Y me dijo —mientras me pasaba un ejemplar de *Remote Universe* para que se lo dedicara— que mi padre no se había suicidado, que eso era una infamia.

Me dijo que mi padre «había comprendido finalmente el idioma secreto de las nubes... Nubes inmensas y complejas

como algunos postres helados del verano, nubes tan poderosas como ejércitos de castillos».

Me dijo también que mi padre había intentado volar, y que lo había conseguido por unos pocos metros. Me dijo que él lo vio, que él era testigo de la proeza, pero que «los gritos de los enfermeros le hicieron perder la concentración y el pobre y santísimo Solomon acabó cayendo al vacío».

Y concluyó: «Créame: su padre, Solomon Goldman, murió feliz y sabiendo que estaba en lo cierto».

Y me pasó un cuaderno.

Las páginas estaban todas en blanco menos la última. Allí, en la familiar caligrafía de Solomon Goldman —pero reducida a un tamaño microscópico; tuve que leer lo que allí se decía con la ayuda de una lupa— distinguí las palabras que no demoré en memorizar porque, a pesar de su complejidad y extensión, las entendí como las últimas palabras de mi padre. El destino final de su último viaje y, por lo tanto, dignas de ser preservadas. De alguna manera, pensé, estas palabras eran mi herencia, un legado que ahora por fin me alcanzaba:

«La verdadera y única esencia de la magia reside en poder existir en un estado de consciencia en el que el pasado y el futuro se antojan como sitios posibles de intercambiar su ubicación. El hebreo clásico, sin ir más lejos, tiene dos tiempos verbales: el presente y otro tiempo que, apenas, puede distinguir entre el pasado y el futuro. Así, para indicar algo que ya sucedió, alcanza con decir *fui*. Sin embargo, para referirse al futuro, sólo se necesita añadir las partículas *y ya* como un *y ya fui*, lo que se lee y se entiende como un *iré* en un tránsito perpetuo de ida y vuelta. Se sugiere, por lo tanto, una especie de sentido primitivo de la existencia. Un sentido que equivaldría a una transgresión de nuestro modo de separar, en la actualidad, lo real de lo imaginario. Pero en esa gramática antigua, los hechos no se ven tanto como hechos que ya han ocurrido sino como instrucciones provenientes desde el mañana. Es decir, como esos presagios que nos visitan en los sueños o en las pesadillas. En el mundo primitivo, los hechos del ayer se

mezclaban sin dificultad con los portentos y hazañas de los sueños de la noche anterior. Decir, por ende, que uno ha ejecutado algo que todavía no hizo es el primer y esencial paso que se da para conformar lo que será el futuro. La materia del futuro. De los presagios es de donde surgen los hechos. Es como si el futuro no pudiera existir sin que existiera una delimitación del mismo a priori. Un bosquejo a lápiz de lo que será el paisaje al óleo. Un ejercicio infantil del que crecerá la sabia y madura sinfonía. Dios (o como se lo prefiera llamar; conozco su nombre definitivo pero me está vedado ponerlo por escrito o pronunciarlo o incluso pensarlo) primero concibe al mundo y recién después lo crea. De este modo, la percepción cabalística de semejante milagro pasa no por la magnitud de la empresa sino por el hecho de que, en su acto de imaginar cómo será el mundo, Dios ya lo ha creado antes de hacerlo».

Sí: mi padre *había sido* y *ya había sido* y *ya sería*.

Algo así.

Pero años antes de todo esto (y apenas después de que se llevaran a Solomon Goldman, perfectamente empaquetado en un chaleco de fuerza) un hombre y una mujer pertenecientes a alguno de esos organismos encargados de proteger menores en problemas me dijeron que guardara mis pocas pertenencias en una pequeña maleta.

Mis revistas, mis cuadernos, mis libros, algo de ropa, dos o tres fotos. No tenía juguetes, nunca los tuve, jamás me interesaron.

Emprendí el breve pero trascendente viaje de Brooklyn a Manhattan y me llevaron a la casa de unos tíos —un hermano de mi madre— a quienes yo jamás había visto.

Y allí, en una casa de la calle número 7, donde yo pensaba que me curaría de todos mis males secretos, conocí a mi primo Ezra Leventhal.

Recuerdo a la perfección ese momento.

Lo recuerdo como si volviera a suceder ahora.

Algo que *había sido* y que *ya había sido* pero que *ya sería* y que *vuelve a ser*: Ezra estrecha mi mano, me enseña nuestra

habitación que hasta entonces era «nada más que *mi* habitación», me explica enarcando una ceja mientras, intentando una pose reflexiva, la mano en su barbilla, creyendo que no me doy cuenta de que, disimulada y torpemente, se está apretando un grano. Y, alzando la voz para hacerse oír por encima del rumor constante de las máquinas de coser en la planta inferior, Ezra me comunica con tono grave y súbitamente roto por los incontrolables agudos de hormonas adolescentes, que mi padre «seguramente ha sido secuestrado por seres provenientes del planeta Omikrón».

Y con un gesto conspirativo –casi inexistente en su eficiencia, como si fuese un secreto materializado en un objeto, en algo palpable y cierto– Ezra pone en mis manos un cuaderno con tapas de hule negro en cuya portada, en una etiqueta blanca, con precisión de mayúsculas, se lee: MANUAL DEL JOVEN VIAJERO ESPACIAL / INSTRUCCIONES PARA MOVERSE, RELACIONARSE Y PROSPERAR TANTO EN ESTE COMO EN OTROS PLANETAS SEGÚN LOS PRECEPTOS DE EZRA LEVENTHAL (ARCANO REX DE LA VÍA LÁCTEA).

Después, Ezra señala con dramatismo hacia arriba, hacia el techo de la habitación, hacia más allá del cielo, hacia el otro lado de todas las cosas y hacia el final de todas las cosas de este lado.

Y me mira sonriendo.

Y vuelve a mirar hacia arriba.

Y yo miro exactamente en la misma dirección en la que mira y a la que señala mi primo.

Y veo.